

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



LA BANDERA

Flotastes al eco del clarín sonoro
en siete siglos de contienda fiera...
¡Para darte color, España entera
vertió su sangre y derrochó su oro!
¡Bajo tus pliegues humillóse el morol
y arrodillada se postró la esfera;
y tus hazañas en la lid guerera
cantó la historia en entusiasta coro.
¡Siempre invicta, flotante, desplegada!
A mansalva no ha habido quien te ultraje
ni quien en lucha secular te venza.
Mas hoy estás al mástil arrollada,
amarilla de rabia y de coraje,
y roja de furor y de vergüenza.

FRANCISCO VILLAESPEÑA.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID... { Un mes..... 1 pesetas.
» trimestre..... 2,50 »
» año..... 10 »

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS... { Un trimestre..... 3 pesetas.
» semestre..... 6 »
» año..... 12 »
EXTRANJERO... » año..... 15 »

La lucha.

—Pasaban, pasaban silenciosos, cabizbajos, ensimismados, taciturnos, con marcha y monotonía de rebaño. Ni un fruncimiento en las cejas, ni un destello en los ojos, ni una sonrisa en los labios. Más que una muchedumbre de personas, semejaba aquello una procesión de fantasmas.

Me acerqué á un espectador, y le pregunté:

—¿Qué hace toda esa gente? ¿A dónde va? ¿Qué rito fúnebre celebra?

—Pasean—me contestó lacónicamente. ¡Como no tienen nada que hacer!

—¿Por qué no trabajan?

—¿Por qué me interloca con asombro.

—Trabajar?—dijo. Usted ¿de dónde sale? Ya no se trabaja en el mundo. Son las máquinas las que trabajan por el hombre. Ni aun dirigir las es preciso. El viento, el sol, las mareas, han sustituido al músculo en la labor de la producción. La afinidad y las fuerzas moleculares son nuestros obreros. Las energías naturales nos proveen de todo en abundancia. ¡La Humanidad es rica!

—¿Por qué, pues, no consagran su esfuerzo á indagar la verdad, á desentrañar el hondo misterio de las cosas?

—El misterio se ha desvanecido. Edipo ha descifrado el enigma de la Esfinge. Isis ha descubierto el velo. Ni la tierra ni los cielos, ni el pasado ni el porvenir, ni el espacio ni el tiempo, guardan secretos para el hombre. Todo lo conocible es conocido. La ciencia ha dicho su última palabra. ¡La Humanidad es sabia!

Queda la obra del bien, el ennoblecimiento del espíritu, la purificación de las costumbres, la gran conquista del derecho. La justicia reina entre los hombres. La más severa moral rige la conducta. Cada varón es un Aristides, cada hembra una Lucrecia. Las instituciones son perfectas, los ciudadanos intachables. Las pasiones han muerto. ¡La Humanidad es sabia!

—Siendo así, ¿qué resta embellecer la vida y encantarla con las inspiraciones del arte?

—La belleza está agotada. La forma, el sonido, el ritmo, la idea, no ofrecen ya al artista combinaciones nuevas. Todo está dicho. Todo está creado, todo está sentido. El genio ha dado todos sus frutos. La más potente originalidad no podría engendrar más copias. El sentimiento estético ha consumido todas sus modalidades y recorrido la gama entera de las sensaciones.

—Entonces, ¿seréis dichosos?

—Muy dichosos—contestó mi hombre bostezando terriblemente.

Gran tumulto estalló de improviso. Como el torbellino en el aire tranquilo, como la tromba en el mar en calma, así surgió del seno de aquella multitud adormecida un grupo de hombres frenéticos, delirantes, roja la faz, crispados los puños, llameantes los ojos, agitando en convulsiones epilépticas y lanzando roncós aullidos:

—¡Abajo la riqueza!—gritaban. ¡Abajo la ciencia! ¡Muera la verdad! ¡Muera la justicia! ¡Muera la virtud! ¡Viva la miseria! ¡Viva la ignorancia! ¡Viva la guerra! ¡Vivan las pasiones! ¡Viva el crimen.

—¿Son locos?—pregunté.

—Locos; no; es que se aburren!

¡Se aburren! Eran ricos, eran sabios, eran santos; la realidad no tenía para ellos arcanos, la vida no tenía

para ellos pesares, eran felices, bienaventurados, omnipotentes, omnipotentes como dioses. ¡Pero se aburrían!

—¡Singular destino!—pensé;—¡singular destino el del hombre! ¡Buscar el bien y hallar el fastidio! ¡Oscilar perpetuamente entre el dolor y el hastío! ¡Apurar hasta el fondo la copa de la vida y encontrar el tedio en las heces! ¿Quién podría explicarme el por qué de tanto afán? ¿Cuál es la finalidad verdadera, la finalidad real de esa lucha ruda, encarnizada, incesante, que á cada paso se distraza con un nombre nuevo: lucha por la existencia, lucha por el placer, lucha por la fortuna, lucha por el derecho, lucha por la belleza, lucha por la verdad?

Y una voz sonó en los aires, que dijo:

—¡La lucha!

ALFREDO CALDERÓN.

LA ABADÍA

(FRAGMENTO)

¿Dónde fué tu grandeza, vieja abadía,
tumba olvidada,
dónde tus esplendores de otras edades,
tu feudal poderío, tu eterna fama?
¿Qué se hicieron tus santas habitaciones,
las de las nubes tocas immaculadas,
las del albo ropaje, rico y severo,
del Nazareno esposas tiernas y castas,
con sus dulces arrobos contemplativos,
sus solitarios goces de iluminadas,
y sus austeros ritos deslumbradores,
y sus rezos fervientes y sus hosannas?
¿Qué se hicieron tus siervos y tus tesoros,
tus milagros que al mundo fanatizaban?
¿Quién arrasó las flores de tus jardines?
¿Quién trancó tus airoosas torres caladas?...
¿Dónde fué tu grandeza, vieja abadía,
mudo fantasma,
dónde el Dios infinito de tus altares,
omnipotente, sabio, justo, sin mancha?...

Ya el maternal abrigo no busca el hombre
que en tu recinto angusto le deparabas;
ya no acude sumiso cual mansa oveja
al llamamiento blando de tus campanas;
ya sus labios no dicen fervientes preces...
Arrogante en el cielo los ojos clava,
con la luz de la ciencia rasga las sombras.
con sus manos experto sus dichas labra.
Ya el furor de los dioses no le intimida;
de lo ignoto el misterio no le acobarda;
la voz de los tiranos no le amedrenta;
ya no ruje, amenaza;
no suplica, maldice;
rife por la existencia cruda batalla,
y si en la liza rueda maltrecho,
no pide gracia:
vende cara su vida
como fiera acosada...
Triunfante es Dios que crea.
¡Vencido es Dios que arrasa!...

EMILIO FERNÁNDEZ VAAMONDE.

CUBA

De Nueva York y de Méjico nos escriben que es una ilusión creer en la independencia de Cuba. La anexión de la isla, dicen, la tienen decretada hace mucho tiempo los Estados Unidos.

Nosotros no nos queremos desprender aún de esa ilusión querida. La resolución del Congreso norteamericano en Abril de 1898, las reiteradas promesas de Mac-Kinley, la fe de Máximo Gómez, la guerra de Filipinas, todo nos mueve á esperar que Cuba sea una nación independiente. Es fuerte el partido democrático en la gran República, y dudamos mucho de que en la próxima legislatura no salga á la defensa de Cuba y Filipinas. ¿Cómo ha de dejar de exigir que se cumpla la solemne resolución del Congreso para no incurrir en el delito de dstealtad y alevosía?

Hemos visto que se publican en Cuba periódicos á favor del protectorado. Nosotros deploraríamos que lo hubiese. Todo protectorado es depresivo para la nación que lo sufre; es una especie de tutela para el protector y una confesión de insuficiencia para el protegido. No es el protegido árbitro de sus acciones; ha de someterlas al protector, que piensa siempre más en su pro que en pro de su pupilo.

Al protectorado preferiríamos mil veces la anexión. Por la anexión Cuba sería autónoma en su vida interior, y obedecería en la de relación á las leyes de la República. Tendría asiento en las Cámaras federales, y en Cámaras propias se daría su Constitución y sus leyes y regiría, libre de toda intervención, sus destinos. Sería un Estado como Nueva York, como Pensilvania, como la Florida, como las dos Carolinas, como los demás Estados. Tendría por mercado toda la República, y en las naciones extranjeras la sombra y la protección de la bandera americana.

No queremos, sin embargo, para Cuba, ni la anexión ni el protectorado. Por su independencia ha venido durante cincuenta años vertiendo su sangre: justo es que la consiga. La consiguieron las demás colonias de España y ¿no habría de conseguirla Cuba, que tanto se ha distinguido por sus oradores, por sus poetas, por su táctica y su estrategia contra los ejércitos de la metrópoli? Cuba ni por la anexión ni por el protectorado se resignaría á vivir en paz con sus falaces soberanos. Sería un milagro que no descolgase de nuevo sus armas y volviese á la manigua. Lo tendrán de seguro en cuenta los norteamericanos.

F. PÍ Y MARGALL.

PROBLEMA

Tal pervierten las guerras el sentido
moral de las naciones,
que hasta la misma alevosía obtiene
la sanción de los hombres.

Dos rivales que abrigán mutuos odios,
henchidos de rencores,
se buscan frente á frente, y cuerpo á cuerpo
se atacan en lid noble.

Nada dice la gente en este caso.
¡Dios al muerto perdón!

DON QUIJOTE



¡El acabóse!

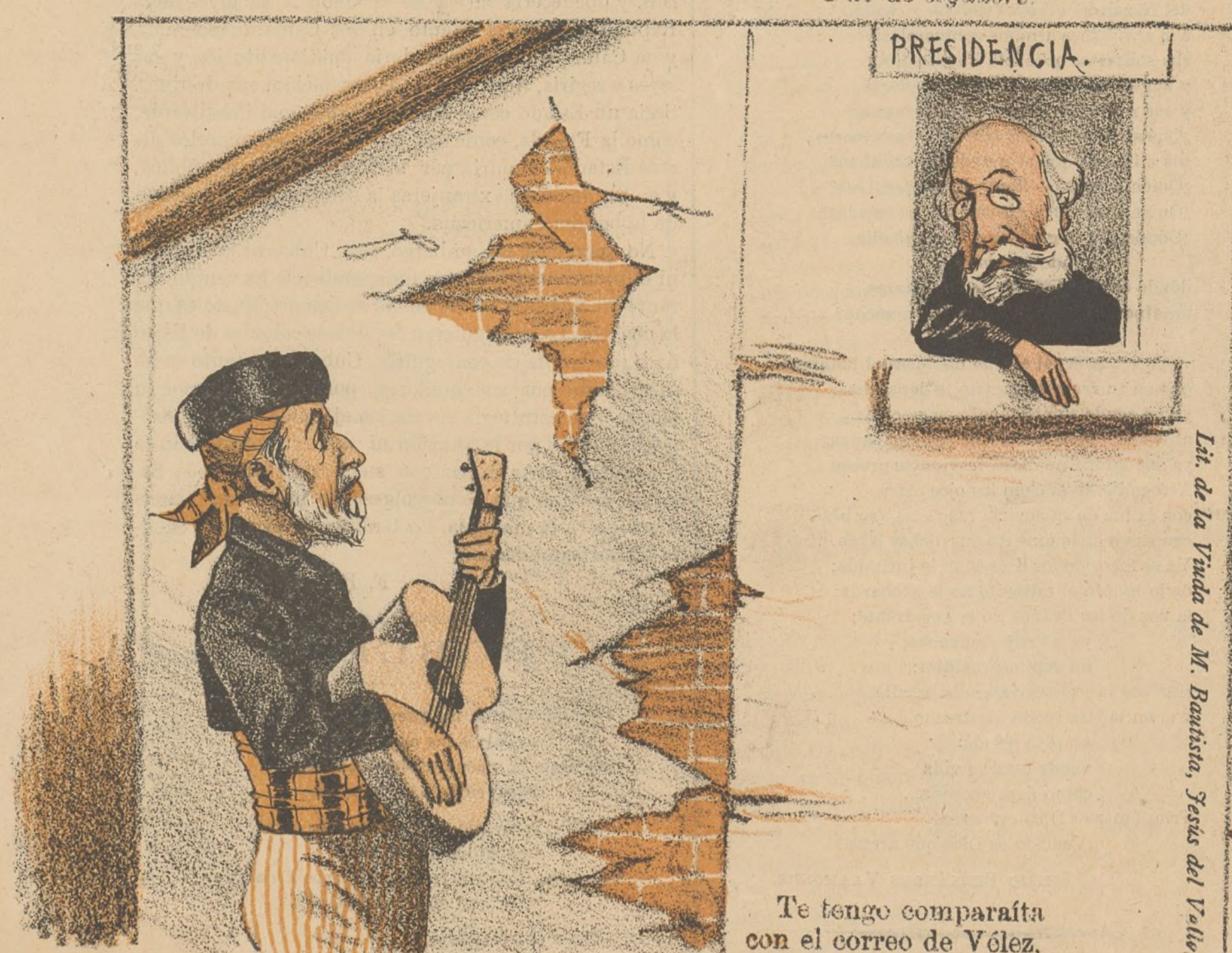


Dño de segadores

Decididamente no puedo con tanto peso.



Con el sombrero puesto, esperando á que lo llamen



Te tengo comparaíta con el correo de Vólez, que, en cayendo enatro gotas se le mojan los papeles.

Lin. de la Vinda de M. Bonifaz, Jesús del Valle, 22



SIGUE EL CONFLICTO

¡Non pago, non pago y non pago!



Ya no hay patria, Veremundo.



El último chulo

Al vivo hasta las leyes le perdonan,
se entiende, si no es pobre.

Mas si hay alguno que aprovecha artero
las sombras de la noche,
hiriendo á su rival desprevenido,
quizás inerme, entonces,

Clamor universal surge iracundo,
y el pueblo todo, á voces,
condena la traición y da á la infamia
su verdadero nombre.

Pues, al más quijotesco, dadle el mando
de algunos batallones;
decidle que el ejército enemigo
se entrega al sueño, torpe,

Y me dejo cortar las dos orejas
si no le hace gigote.

Lo que á antes era infancia, en este caso
merecerá loores,

Y lo que fué traición será pericia,
y el vencedor un héroe.

Pero, vamos á ver: ¿es que hay dos honras?
Veremos quién responde.

LOS DOS PECADOS

El tiempo seguía corriendo largas distancias, sin detenerse apenas á otra cosa más que á refrescar sus fauces en los frescos arroyos que se deslizaban por entre las verdes praderas...

Detrás de él caminaban todos los Vicios dando tropezones sobre las quebraduras de los terrenos accidentados, porque sobre no estar acostumbrados á pisar más que blandas alfombras y artísticas planicies de reluciente solería, se herían sus pies con los agudos picos de los guijarros, esas verrugas con que la tierra endurece su cuerpo, hecho de todas las blanduras, poseedor de todas las esencias y amo y señor de la vida eterna.

Detuvieronse uno y otro al pie de una empinada colina que parecía alzarse hasta esconder su cresta de frondosos robles en las inmensas latitudes del espacio, y antes de comenzar á ascender sobre la montaña, cuyos precipicios infundían pavor terrible en el ánimo de los acompañantes de aquel viejo, cuya vida estaba circunscrita á no parar en su carrera vertiginosa, para que el mundo siguiera rodando en el vacío, apacéntase á descansar en su ruta para tomar nuevos y poderosos alientos.

Como por encanto misterioso pararonse todos los relojes, y el mundo todo parecía dormir el sueño de la muerte.

Las aguas del mar cesaron de moverse en sucesivas ondulaciones, pararon su curso murmurante los arroyos y los ruidos del campo callaron como obedeciendo á consigna misteriosa ó á mágico resorte.

Una infernal algarabía se promovió entre los Vicios, y como la calma era general, el eco repercutía por valles y cañadas las conversaciones de aquel club tan singular.

Para imponer orden se levantó un precioso muchacho á quien llamaban Amor, y, con arrebatadora elocuencia y extraordinaria facundia, amonestó á unos y otros, concluyendo por someter la cuestión provocada á la sabia opinión del Tiempo.

—Señor—dijo—discutiese entre los Vicios cuál de ellos es el que representa el pecado Venial y quién el pecado Mortal... ¿Queréis decirnos vuestra opinión?

Y el venerable anciano, levantándose con grande majestad y disponiéndose á seguir en su marcha, dijo en tono solemne:

—El pecado Venial eres tú...

—¿Y el Mortal?—exclamaron los Vicios á coro.

—Ese!—dijo señalando á la Gula, que, vestida de fraile, estaba tendida sobre el prado comiendo hierbas.

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

TODOS IGUALES

Sagasta, Martínez Campos
y el duque de Tetuán
desean caiga cuanto antes
el Gabinete actual,
para de él hacerse cargo
y poder manipular
á su antojo, pues son ellos
hombres de conciencia tan
recta, que en calma no pueden
ver lo que pasado está,
y se enfurecen, y gritan
que esto es una enormidad;
que este Gobierno no sabe
ni redimir ni salvar
al país de la hecatombe
que como una tempestad
nos amenaza, y que pronto
sin remedio estallará.
Dicen que se han conyenido

de que Silveira es un gran
farsante, que Polavieja
no debió ser general
ni ministro; que no sabe
ni dónde tiene la mano derecha;
que el Azcárraga
es un jesuita *pour sang*,
que no sirve para nada
el vejete Torrealaz;
y lindezas semejantes
profile en de los demás
caballeros que nos chinchán,
con perdón del padre Sanz,
que no verá muy á gusto
que se lleguen á marchar
esos en los que él ejerce
influencia colosal.
La nación se halla en estado
de putrefacción. ¡Ah!
ya verán ustedes como
cuando lleguen á escalar
el poder estos señores,
á quienes anima igual
aspiración y deseo,
el asunto cambiará
de aspecto; con que ya pueden
las campanas repicar,
cantando el próximo triunfo
del partido liberal.

LA VIUDA

Todos los meses iba por lo menos una vez á visitar la tumba de su esposo. Era el suyo un dolor plácido y tranquilo. Se había acostumbrado ya á su viudez, y no echaba de menos la compañía del muerto. Le quería, sin embargo aún, y por las noches, al acostarse, pensaba en él y rezaba maquinalmente unos cuantos Padrenuestros.

Tenía veinticuatro años, y sólo hacía uno que estaba viuda. Había jurado, no por respeto al muerto, sino por respeto á sí misma, no volver á casarse.

Después de dos años de matrimonio se sentía algo cansada, y no era ya para ella el amor sino una hermosa ilusión desvanecida.

—No; es inútil que trate usted de convencerme. Prefiero mi triste soledad á la soledad de dos en compañía de que habla Campoamor. Declaro á usted lealmente que no me siento con fuerzas para amar de nuevo. Si me volviese á casar engañaría al esposo muerto con el vivo y al vivo con el muerto. Doble traición. Soy muy honrada ó muy egoísta, como usted quiera.

—Pero usted—insistió él—no tiene derecho á renegar de su juventud, renegando del amor... Esa decisión, que yo juzgo sincera, no puede ser irrevocable.

Guardaron silencio y se miraron fijamente á la cara, sin atreverse á reanudar la conversación.

—Sí—siguió él con voz emocionada;—yo no puedo resignarme á la idea de ese suicidio moral... Créame usted, no es posible tener veinticinco años y condenarse á vivir como si se tuviesen cincuenta.

Se interrumpió, y balbuceando, con voz trémula:

—¡Tenga usted compasión de mí!

Y la miró decidido á la cara, con ojos de pasión. Ella dudaba, no sabiendo qué contestar. De su respuesta dependía su porvenir, toda su vida!

¡Ah! Permanecer fiel al esposo muerto, no dar albergue en su corazón á ningún nuevo afecto, cerrar las puertas al porvenir y vivir sólo del pasado, eran sacrificios superiores á sus pobres fuerzas.

Ahora, en aquellos momentos supremos, se daba cuenta exacta de su situación, y comprendía que amaba demasiado al hombre para condenarse á eterna viudez.

Además, ¿por qué no declararlo? Si ella no tenía derecho á renegar de su juventud; la mujer nace para amar y ser amada, y no era ni moral ni honrado sustraerse á esta ley de la Naturaleza.

Ahora comprendía que su soledad tenía mucho de abandono; y le daba miedo pensar que podía seguir viviendo sola sin que nadie la protegiera y la amara.

Y reflexionando así, se sintió completamente mujer, es decir, se sintió coqueta.

—Amigo mío, yo no puedo discutir con usted...

Hizo una pausa, y sonriéndose con tono alegre:

—No, no puedo discutir, porque llegaría usted á convencerme de la sinrazón de mis propósitos...

Era ya casi de noche, y la habitación había ido poco á poco llenándose de sombras.

Los dos jóvenes se aproximaron el uno al otro instintivamente, sin darse cuenta de lo que hacían.

Y entonces él la dijo con voz en que vibraba la pasión:

—No, no es posible cuando se es joven sustraerse á la ley del amor. ¡Amémonos, pues, cumpliendo los mandatos de la Naturaleza!

Ella no supo qué contestar, y fatalmente vinieron á su memoria las palabras que pronunciara poco antes.

«Si me volviese á casar engañaría al esposo muerto con el vivo y al vivo con el muerto.»
Y se echó á reír nerviosamente mientras él la estrechaba entre sus brazos.

MIGUEL SAWA.

LANZADAS

—¿Qué te ocurre, Sancho, que estás tan mohino y silencioso?

—Nada de nuevo, señor; que tengo mucho miedo.

—¿Miedo, dices?

—Sí, miedo, *jindama*, *paura*, ó como quiera llamarlo vuesa merced. Un miedo que no me cabe en el cuerpo... Ganas de correr, no sé por qué, ni de quién... Los dedos se me antojan Despujols... Cada hombre que veo me parece un Villaverde con credencial... «Dudo, temo, vacilo...» Le digo á vuesa merced, que si no fuera por el qué dirán, ahora mismo hacía las maletas y me iba aunque fuera á Oporto, desafiando la peste bubónica.

—Loco estás, Sancho, y como tal hablas.

—No estoy loco, señor, sino cuerdo y muy cuerdo, y por eso no me llega la camisa al cuerpo y tiemblo como un azogado, y se me eriza el pelo, y estoy á punto de huir de mí mismo.

—¿Pero qué pasa, Sancho, para que te alteres de ese modo?

—No puedo contestarle á vuesa merced, porque nos está mirando el fiscal. Pero respóndame por su ánima: ¿podrá navegar por aguas del Manzanares nuestra llamada escuadra? El Carlos V, ¿podrá arribar al estanque del Retiro? Satisfaga vuesa merced mi curiosidad, ya que sabe de ciencia de marinería tanto ó más que nuestro Gómez de tanda.

—A palabras necias oídos de Tetuán. ¿Crees, acaso, que voy á tomar en serio tus disparates? Tus preguntas son de aquellas que no merecen contestación.

—No se incomode, señor, y respóndame: ¿qué no soy Torrealaz, para que no me hagan caso. ¿Ha pagado vuesa merced la contribución? ¿Se ha provisto ya de cédula personal? ¿Tiene papeleta de comunión que le acredite haber cumplido con la Iglesia? ¿Dice vuesa merced que no? Pues entonces estamos perdidos, señor de mi alma. Ya me parece ver entrar por esas puertas al propio Despujols. ¡No pagar la contribución; no tener cédula; no cumplir los preceptos de la Iglesia! ¡Ah, mi señor Don Quijote, vuesa merced está empecatado! Yo ruvo, yo me desvanezco, yo me disuelvo, yo no quiero estar ni un momento más al lado de hombre tan peligroso.

—Conseguirás que se me acabe la paciencia. ¿Por qué quieres huir de mí?

—Y todavía me lo pregunta vuesa merced! ¡Habrá inocencia como la suya! ¿Pero es que aún no se ha enterado de lo que ocurre?

—Digo que no te entiendo una palabra, Sancho.

—Pues yo no puedo ser más explícito, porque insisto en advertirle que nos está mirando el fiscal. Pero ya pueden llorar por nosotros la familia y los amigos. ¡No haber pagado la contribución! ¡Ah, de esta hecha dejarán de ser Don Quijote y Sancho Panza!

LIBROS

Calandracas, colección de artículos, tan interesantes como bien escritos, originales de Nicolás Estévez.

Tomo 69 de la *Colección Diamante*, de Barcelona.

Precio: 50 céntimos.

Imperialism and liberty.—De California nos remiten este libro, del cual hablaremos, con la extensión que se merece, en uno de nuestros próximos números.

Biblioteca de "DON QUIJOTE,"

WEYLER

POB

PEDRO BARRANTES

ILUSTRACIONES DE ROJAS

Precio: 20 céntimos.

Para nuestros suscriptores y correspondientes, 15 céntimos.

Imprenta de A. Marzo, Apodaca, 18.